

Perdida de los vientos
Sobre la azul región,
Cuando la misma brisa
Me llevará delante
Del dulce y melancólico
Poético semblante
De Flor que la respira
Con vaga distracción!

Del muro solitario
Abierta la ventana
De amor y de hermosura
Como ilusión ufana,
Su suave y espresivo
Contorno deja ver:
Y allí desde la altura
La distraída niña,
Aspira el aromado
Vapor de la campiña,
Que con las brisas viene
Sus rizos á mecer.

La sien sobre su diestra
Reclina, que doblada
Mantiene su cabeza
Bellísima inclinada,
Con espresion tranquila
De dulce languidez:
Y embebecida en vagos
O tristes pensamientos,
Está en uno de aquellos
Pacíficos momentos
En que reposa el cuerpo
Y el ánimo á la vez;

En una de esas horas
De indefinible calma,
En que tristeza dulce
Nos adormece el alma,
Y plácidos recuerdos
Fermenta el corazón:
En una de esas horas
De insomnio y poesía
Cuyo beleño blando
En su aura nos envía
Tan solo del otoño
La mágica estación.

Sonrisa melancólica
Sus labios hermosea;
Con sus flotantes rizos
El aura juguetea,
Lasciva acariciando
Su rostro juvenil.
Mas nubla la tristeza
Sus ojos de paloma
Y á sus mejillas puras
La palidez asoma,

Sus rosas marchitando
Con tintas de marfil.

Tal vez pesar secreto
Su corazón abruma:
Tal vez alimentada
Sin tiempo la consume
Efímera esperanza,
Recuerdo engañoso.
Mas niña que en sus bellos
Abriles apetece
La soledad, y llora,
Medita y palidece,
El mal que la atormenta
No es mas que mal de amor.

La tez de Flor-del-Alba
Amor es quien marchita,
Amor es el impulso
Que á contemplar la incita
El campo ilimitado
Del hondo porvenir:
Medita y ambos ojos
Por la erial campiña,
Llorando sus enojos,
Tiende la pobre niña,
Vése acuitada y huérfana
Y ansía por morir.

CAPITULO VIII (1).

I.

UN AÑO DESPUES.

En una estrecha y oscura
Y torcida callejuela,
De la coronada villa
Por dó Manzanares lleva
Su corriente tortuosa
Tan pudibunda y modesta,
Que mas que el agua del río
Se ve del fondo la arena:
En una calle dijimos
Por lo estrecho, callejuela,
Y mas oscura y torcida
Que el laberinto de Creta,
Hay una casa de pobre,
Aunque muy limpia apariencia,
Que parece de artesanos
Acomodada vivienda;
Mas la gente que la habita,
Tal vez por causas secretas,

(1) Aquí entra lo que ha escrito en este cuento el señor García de Quevedo.

Juicio común de los hombres,
Que creen que les hace ofensa
Quien oculta propias cuitas
De indiferencias ajenas,
Y vengan culpas soñadas
Con calumnias verdaderas.

II

EL ENCUENTRO.

Desempedrando la calle
En una andadora yegua
Que del Betis cristalino
Nació en la verde ribera,
Cuando el moribundo rayo
Del sol se vislumbra apenas,
En los extremos remates
De las mas altas veletas,
El dios Marte en la apostura,
Si de bondad no tuviera
Clara espresion amorosa
Su pálida faz morena,
A trote largo vá un mozo
De veinte y ocho años á treinta:
Y al desusado ruido
Que al chocar sobre las piedras,
Producen las herraduras
De la trotadora yegua,
Acuden á sus balcones
En ruidosa competencia,
Hombres, mugeres y ancianos,
Y chiquillos y mozuelas.
Mas no mira el pasajero
Que causa gran estraneza
En el apartado barrio
Su noble y marcial presencia;
Y en pensamientos profundos
Sumida el alma, las riendas
Sobre las trenzadas crines
Al aire flotando sueltas
Va cruzando, cual si el sino
Dirigiese su carrera,
Estátua ecuestre animada,
Por la circunstancia escena.
Mas al pasar por delante
De la misteriosa puerta
De aquella casa que escita
Curiosidad tan intensa,
A una exclamacion gozosa
Que pronunció una voz tierna,
Lleno de asombro el viandante
Alzó la noble cabeza:
Y mientras con diestra mano
El brioso animal refrena,
Las espesas celosías
Por atravesar se esfuerza,
Con miradas que un abismo

De indómito amor revelan.
 Entreabrióse la ventana,
 Y mas hermosa que estrella
 Que al triste náufrago anuncia
 El fin de horrible tormenta;
 Mas plácida que la luna
 Cuya blanda luz riéla
 Sobre las olas de un lago
 En noche clara y serena;
 Mas bella que la esperanza
 Y como la dicha bella,
 Asomóse un breve instante
 Una muger; la sorpresa
 Embargó la voz del mozo
 Un punto, mas luego: « ¡ Es ella ! »
 Esclamó: — la celosía
 Cayó; mas una ligera
 Señal de la hermosa jóven,
 En su sencillez compleja
 Dijo al mancebo: « No tardes
 En volver, que aquí te esperan. »
 Y en el lenguaje espresivo
 De su mirada resuelta
 Contestóla él: « No haré falta. »
 Y clavando ambas espuelas
 En los lucientes hijares
 De la trotadera yegua,
 Va por la calle torcida
 Corriendo á toda carrera.

III

LA CITA.

Cubre la tierra y los aires
 De temerosa pavora,
 La tétrica soberana
 De las tinieblas profundas.

Entre apiñados celajes
 Que con su sombra la enlutan
 Y sin una sola estrella
 Que clara á su lado luzca;

Fanal pálido y sin brillo,
 Cual la llama moribunda
 De distántísimo faro,
 Sigue su curso la luna.

Duerme tranquilo el magnate
 Sobre su lecho de plumas;
 Y en su mal jergon el pobre
 Acaso en sueños se burla

Del cansancio y la fatiga,
 Del frio y del hambre ruda,
 Y al despertar; infelice!
 Le aguardan nuevas angustias.

Todo duerme ó todo calla,
 Y ni una mosca nocturna
 Viene á turbar con su vuelo
 Aquella calma profunda:

Cuando á deshora, embozado,
 Por la callejuela oscura,
 Sube un hombre, con pisadas
 Que á duras penas se escuchan.

Mas de aquella misteriosa
 Casa, al llegar á la altura,
 Paróse la sombra viva
 En actitud de quien busca;

Y luego, cual si en las hondas
 Tinieblas que lo circundan
 Mirar pudiesen sus ojos,
 Y librarle de sus dudas;

Desembozóse, apoyando
 Contra la pared vetusta
 Los hombros, mientras las manos
 Con suma destreza pulsan

Una española vihuela;
 Y con voz de gran dulzura,
 Tal de la noche callada
 El hondo silencio turba:

« Flor del-Alba, encantadora,
 Que excedes en hermosura
 La del día;
 Oye, del alma señora,
 El canto de mi amargura
 Y agonía.

Despierta, señora mía,
 Oye el acento angustiado
 De mi queja;
 O muerto me hallará el día,
 Contra los hierros clavado
 De tu reja;

Despierta, mi bien... » Y el canto
 Del enamorado espira;
 Que en lo oscuro,
 Con crudo, zeloso espanto,
 Moverse otra sombra mira
 Junto al muro.

Y arrojando el instrumento,
 Y requiriendo la espada
 Decidido;

Vá mas ligero que el viento
 Contra la sombra callada,
 Sin ruido.

« ¿ Quién vá? ¿ quién es él? ¿ qué
 Pregunta la voz sonora [busca?]
 Del amante;
 — Pregunta es esa muy chusca,
 Señor Don Pedro; en mal hora
 Vuestra errante

Estrela os trajo á mi nido,
 Que yo día y noche velo
 Mi tesoro.
 Y cuidad que no descuido,
 ¡ Sino guardo con desvelo
 Su decoro!

— Su padre sereis, sin duda,
 Y á tal nombre mi coraje
 Me abandona:
 Por eso mi lengua muda
 No responde á vuestro ultraje...
 — Quien blasona

Como vos, de bien nacido,
 De valiente y generoso,
 No así artero
 Del enemigo dormido...
 — ¡ Sellad el labio injurioso,
 Caballero!

Si entre las sombras oísteis
 Cantar sentidas endechas
 A mi amor,
 Nunca acusarme debísteis,
 Ni herirme así con sospechas
 De traidor.

Solo vos teneis la culpa
 Deste arrojado temerario
 Que os afra:
 Sirva á mi alma de disculpa
 Este volcan incendiario
 En que espira.

Fiel amaré hasta la muerte
 A Flor-del-Alba, os lo juro
 Por mi nombre;
 ¡ Que nada puede la suerte
 Contra el amor firme y puro
 De tal hombre!

— ¿ Os jactais de caballero,
 Y así labrais el desdoro
 De una dama,
 Sin averiguar primero,
 Cual cumple á vuestro decoro,
 Si ella os ama?

¡ Oh Don Pedro! sois muy mozo,
 Mas yo á vuestra edad tenia

Mas prudencia:
 Y os declaro sin rebozo...
 — ¡ Perdonad al alma mía
 Su impaciencia!

¡ Oídme solo un instante,
 Y os dolereis, es seguro,
 De mi amor!
 — Bien: ¿ y de aquí en adelante
 Me obedecereis? — ¡ Lo juro
 Por mi honor!

— Venid pues, » dijo el anciano,
 Y de una linterna oculta
 Haciendo lucir los rayos
 Que las tinieblas alumbran:

Abrió la ferrada puerta
 De la mezquina casucha,
 Y al portal angosto entraron
 Dejando las hojas juntas,

Detrás Tellez y él delante,
 Como dos sombras confusas,
 Quedando la callejuela
 Muda como ántes y á oscuras.

CAPITULO IX.

I.

ESPERANZAS.

Como el cansado náufrago
 Que en tempestad bravía,
 Lucha en las olas tórbidas
 Cercano á la agonía;
 Y la impotente mano
 Esfuerza el triste en vano,
 Mas que rendido trémulo
 De susto y de pavor;
 Mas si de pronto fulgida,
 De próxima ribera
 Brilla una luz, el ánimo
 Recobra que perdiera,
 Y el brazo ya rendido
 Al mar tiende atrevido
 Nadando en curso rápido
 Al faro salvador:

Tal en el hondo piélago
 Del mar de nuestra vida,
 Cuando del mal la indómita
 Tormenta embravecida,
 Ruge con furia insana
 Contra la raza humana,

Fluctúa el hombre, férvido
Ansiando por morir.
Mas si á deshora límpida
Cual la naciente aurora,
Surge de pronto al mísero,
Del bien anunciadora,
Iris de eterna alianza,
La plácida esperanza;
¡ Con nuevo brio esfuérase
El triste por vivir!

Sin tí, dulce esperanza, compañera
Del hombre, en este mundo engañador,
¡ Cuán poca la virtud, cuán poco fuera
El genio, á sostener nuestro valor!

Tú eres el don mas alto que del cielo
La mano del Criador hizo al mortal;
Todo perece en nuestro triste suelo,
Todo, ménos tu influjo celestial.

Hija de Dios, de su bondad esencia,
Eres blanda como él, como él divina;
Del sumo manantial de su clemencia
Brotaste pura fuente cristalina.

Bálsamo del dolor inconsolable,
Brisa refrigerante en la agonía,
Eres al poderoso y miserable
Lo que á los campos es la luz del día.

La luz que alumbraba, el fuego fecundante
En el cual la creacion enardecida,
Se ostenta fuerte, hermosa y rozagante
Llena de gracia y juventud y vida.

Contigo, alma esperanza, el mar del mun-
Animosos surcamos los mortales; [do
Que crudo no hay dolor, ni mal profundo
Dó viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno
Mansion del torbo arcángel maldecido,
Si penetraras tú, no hubiera inferno;
¡ Que solo es infeliz quien te ha perdido!

II.

EXPLICACIONES.

De la pequeña linterna
A la luz incierta y pálida,
Van entrambos caballeros,
Tellez detrás, delante Alba.
Y atravesando el oscuro
Corredor y la empinada
Escalera suben ámbos
Sin hablar una palabra;

Que cuando los pensamientos
Se enseñorean del alma,
Como mas se siente entónces
Ménos entónces se habla.
Al fin el viejo una puerta
Abrió, y en estrecha sala,
De muebles y colgaduras
Bastante pobres ornada,
Entraron; y en una silla
Dejando el viejo la capa,
Y ofreciendo á Tellez otra,
Con dura y triste mirada:
« Ahora bien, Don Pedro, dijo,
Ya escucho vuestras palabras. »
El jóven, con gran mesura,
Aunque en voz robusta y clara,
Empezó de esta manera:
« Cuando estuve en vuestra casa
De Villaldemiro, os dije,
Segun creo, por qué causa
Iba huyendo decidido,
De amigos, familia y patria;
Seis meses hará que aquella
Dama de régia prosapia,
Que mi padre, mas amante
Que cuerdo, me destinaba,
Casó con un archiduque
De la corte de Alemania;
Y el mismo tiempo ha que os busco
Por los ámbitos de España.
Anteayer volví á la corte
Llena de dolor el alma,
Y al borde, por Dios os juro,
De una accion desesperada;
Cuando esta tarde, por dicha,
Descubrí en una ventana
De esta casa al bien que adoro,
A mi amor, ¡ á Flor-del-Alba!
No querais, pues, ser mas duro
Que la suerte: ¡ á nuestras ansias
Os rendid!

— ¿ Quién?... ¿ Yo, Don Pedro,
Cometer la accion bastarda,
De unir á sangre enemiga
La sangre de mis entrañas?
Mal me conocisteis, jóven;
¡ Nunca perdonan los Albas!
Y ántes prefiero ver muerta
A mi Flor idolatrada,
Que consentir ¡ duro oprobio!
En que se unan vuestras razas. »
— ¡ Pero, señor!
— ¡ Nada escucho!
— Pensad...
— Pienso que fué harta
Mi bondad. ¿ Queréis que olvide
Tanta sangre derramada?...
— Se derramó en buena guerra.

— La fortuna hereditaria
De mi Flor, que vuestros deudos...
— Os la devuelven intacta.
— ¿ Cómo?

— Mirad estas letras;
Para vos fueron selladas,
Y detrás de vos corrieron
Conmigo, por toda España.
En ellas, el rey Felipe
Quinto os devuelve su gracia,
Vuestros títulos y honores,
Vuestras haciendas y casas:
Mi padre y yo esto pedimos
Para vos, al buen monarca;
Ved si consentís ahora
En mi union con...

— ¡ Flor-del-Alba!

Gritó gozoso el anciano,
¡ Flor, Flor!... Ven aquí, muchacha,
Despierta y vístete presto,
¡ Que gran sorpresa te aguarda!
¡ Sois todo un hombre, Don Pedro!
¡ Flor-del-Alba! ¡ Flor-del-Alba!

III.

FELICIDAD.

Bello es el astro del rey del claro día,
Bellísima su luz fecundizante;
Bella es la reina de la noche umbría
Con su pálida luz, su brillo amante;
¡ Pero mas bella aún, mas seductora,
Es la muger que el corazón adora!

Bello es el césped del ameno prado,
Bellas son del pensil las gayas flores,
Y el campo de la nieve, nacarado,
Y del iris los fulgidos colores;
¡ Mas mil veces mas bella, mas querida,
Es la muger amor de nuestra vida!

Dulce es oír sonando en la espesura
Del céfiro la voz, como un gemido,
Y el arrullo en que pinta su ternura
La cariñosa tórtola en su nido,
Y el murmurio apacible de las fuentes,
Y el lejano mugir de los torrentes:

Y el rumor de las olas que golpean
La embarcacion que en calma vá indecisa
Cuando las lonas cándidas flamean
Al blando soplo de espirante brisa;
Mientras allá en la popa el marinero
Alza al cielo su canto lastimero.

Y el canto de los tiernos ruiseñores,
Y el confuso balar de los ganados,

Y la voz de esportísimos cantores
Al compás de instrumentos acordados;
Y las primeras voces de cariño
Que trémulo pronuncia el tierno niño:

Y el cantar que compone mil cantare
Confuso, inesplicable en su armonía,
Que la tierra y los vientos y los mares,
Alzan al Criador al fin del día...
Pero mas dulce aún, mas acordada,
Nos es la voz de la muger amada.

Grato al altivo corazón del hombre
Es ganar por sí mismo fama y gloria;
Muy grato es escribir su propio nombre
En el eterno libro de la historia;
Grato es nacer en elevada cuna,
Gratos son el poder y la fortuna:

Gratísimo es salvar á un fiel amigo
Que á nosotros clamó en su mal andanza;
Y aún mas grato humillar á un enemigo,
Que inmenso es el placer de la venganza;
¡ Pero es mas grata aún y apetecida
La posesion de la muger querida!

¡ Amor, amor del alma immaculado,
Raudal copioso, en la virtud fecundo,
Don del Omnipotente, el mas preciado,
Sumo poder, generador del mundo!
¡ Cuán feliz quien de tí no desespera
A la mitad de la vital carrera!

Tú solo siembras de olorosas flores
El áspero sendero de la vida:
Al que sostienes tú, ¿ qué los rigores
Son de varia fortuna, maldecida,
Si basta á guarecerle el seno amante
De la muger, en su favor constante?

IV.

A las voces del anciano
Acudió Flor, presurosa,
Y al ver á Tellez, el alma
De placer llena y zozobra,
Quedóse estática, muda,
Entre risueña y llorosa.
Turbado también Don Pedro
Al ver la muger que adora,
Presentarse ante su vista
Mucho mas que ántes hermosa,
Allá entre dientes balbucia
De política una fórmula;
Hasta que el viejo, impulsando
Suavemente á su hija absorta,
Dijo al dichoso mancebo:
« ¡ Y bien! ¡ abrazá á tu esposa! »

Y las dos almas amantes,
Que el placer casi acongoja,
Creyendo un sueño su dicha,
A un tiempo ríen y lloran :
Sus alientos se confunden,
Sus labios casi se tocan,
Mientras que el prudente viejo
Conociendo que incomoda,
Vuelto á las pobres paredes,
En sordo y ciego se torna.
« ¡ Ay Tellez !... »

— ¿ Por qué suspiras ?
— Aquella mansion dichosa
En que por la vez primera
Te ví... »

— ¿ Qué ?
— No es nuestra ahora.
— ¿ Por qué ?... »

— Vendióla mi padre.
— Mas la compré otra persona.
¿ Quieres volver ? »

— Si es ajena...
— ¿ Y si esa razon no importa ?
— ¿ Cómo así ? »

— ¡ Porque es de un dueño
que con el alma te adora !
— ¿ Qué ? ¿ el castillo... ? »

— Y sus terrenos
Son tu regalo de boda.
— ¿ Iremos allá ? »

— Muy presto.
— ¿ Cuándo ?
— ¡ A la próxima aurora ! »

CONCLUSION.

Serena, embalsamada, fresca y pura,
Es del florido abril una mañana;
El padre Sol de la celeste altura
Con majestad esplende soberana :
Y el aura que se queja en la espesura,
Y de avecillas mil turba galana
Que pfa blandamente entre las flores,
Celebran la estacion de los amores.

¡ Salve, tres veces salve, primavera,
Estacion del amor, yo te saludo !
¡ Cuánto ! ay ! por tí esperando desespera
El mendigo infelice que desnudo
Juzga eterna del tiempo la carrera,
En los rigores del invierno crudo ;
Y á tu dulce calor vuelve á la vida,
Y el duro padecer acaso olvida !

Tú vistes con tu manto de verdura
El monte y la llanura, el bosque y prado,
Devuelves al arroyo su tersura,
Al céfiro su aliento embalsamado ;
Tú en nuestro corazon de la ternura
Vivificas el fuego ya apagado ;
¡ Que al presentarse mi estacion querida
Vuelve el mundo al amor, vuelve á la vida !

Yo te saludo, sí ; mi humilde acento
Se pierde en la vastísima armonía,
Que alzan la tierra, el mar y el vago viento
Cuando destierra el sol la noche umbría :
¡ Cuán grato es escuchar aquel contento
Que al espirar del moribundo día,
Alza á su Dios la creacion entera,
Grata por tí, mi gaya primavera !

Todo tiene una voz : el bruto, el ave,
Las ramas y las flores y el capullo ;
Mugen del mar las olas en voz grave,
La fuente en placidísimo murmullo :
Allá en las lonas de la inquieta nave
Espira de la brisa el blando arrullo,
Y al cielo azul en múltiple sonido
Del canto universal sube el rüido.

Era de abril florido una mañana
Serena, embalsamada, fresca y pura,
Y entre fajas de azul y de oro y grana
Brillaba el padre Sol en el altura :
La clara fuente que entre guijas mana
De una verde enramada en la espesura,
De guija en guija alegre va saltando
Grato frescor á la campiña dando.

Y luego serpeando se estravia
Por tortuosa y áspera vereda,
Volviendo á aparecer só la sombría,
Copuda y amentsima alameda
Que hácia un palacio fastuoso guía
Semi-oculto en la fértil arboleda,
Y cuya planta el bosque así domina
Como el roble á la frágil clavellina.

Y encerrado en un marco de esmeralda
No léjos del espléndido castillo,
De un empinado cerro, en la ancha falda,
Se mira un pintoresco pueblecillo :
Y en la cima del cerro, y á la espalda
Del pueblo, contrastando en lo sencillo
Con el solar altivo castellano,
Pobre se mira alzar, templo cristiano.

Modesto, pero limpio : — en la blancura
De sus tapias, imágen muy sencilla
De aquella religion sublime y pura
Que predicó el cordero sin mancha :
En cambiantes vivísimos fulgura

El sol vivificante de Castilla,
Proyectando en los árboles añosos
Que le cercan, mil discos luminosos.

El cerro y la llanura, cuanto abarca
La vista en derredor, surge lozano
En la ántes aridísima comarca
De aquel rincón del suelo castellano :
Llano y monte y castillo la honda marca
Llevan de alguna poderosa mano
Que mostrárseles quiso protectora,
De su antiguo esplendor restauradora.

En torno del castillo, en mil cañadas
Murmuran las corrientes cristalinas,
Que corrian en turbidas quebradas
Há poco : — rubicundas clavellinas,
Pálidas azucenas nacaradas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cercan en derredor las mansas fuentes
Mirándose en sus linfas transparentes.

Por bajo los espesos emparrados,
Y á la sombra de amenos bosquecillos
De mirtos olorosos y granados,
Gorgean mil pintados pajarillos :
Triscan sobre la yerba de los prados
Balandando los inquietos cabritillos,
Mientras tendido en la esmaltada alfombra
Los vigila el pastor allá en la sombra.... »

Y allá del cuadro en el fondo
El castillo se dibuja,
Cerrando la perspectiva
Con su imponente estructura.

De su puerta, cuyas hojas
Hasta entonces estaban juntas,
Enlazadas de las manos
Salen hasta dos figuras.

Un galán son y una dama,
Esta de rara hermosura ;
De aquel la morena faz
Benigna á un tiempo y adusta.

Revela un pecho animoso
Y un alma todo ternura ;
Y en su talle compitiendo
Van fuerza y gracia confusas.

¡ Cuán hermosa es Flor-del-Alba !
¡ Cuán extrema es la apostura
Del enamorado esposo !
¡ Cuánta de ámbos la ventura !

Andando van, y ni miran
Las flores, ni el canto escuchan
De las trinadoras aves,
Que suena entre la espesura.

Uno al otro se contemplan
Con atencion tan profunda,
Que al mirarlos se diria
Que son dos almas en una.

Apoya Flor en el cuello
De Tellez la diminuta
Mano, mientras él rodea
Con el brazo su cintura.

Humedecidos los ojos,
No con lágrimas de angustia,
Sino con el dulce llanto
Del amor y la ternura.

Y sus labios se sonríen
Y por besarse se buscan,
Y ella se embriaga en su amor,
Y él se embriaga en su hermosura.

Mientras que allá entre la sombra,
La faz del anciano oculta,
Al contemplar tanta dicha
De gozo se desarruga.

Y en tanto el sol prosiguiendo
Vá en su carrera fecunda,
Al través de una mañana
De abril, aromosa y pura.